

ORDENACIÓN DIACONAL DE ALEJANDRO Y CARLOS

(Badajoz, Catedral, 22 de febrero de 2025)

Querido hermano Don Celso, gracias por estar aquí, bienvenido a tu casa que te acoge con mucha alegría; queridos Sr. Deán, Vicario General, Vicario de Evangelización, Vicarios episcopales, hermanos presbíteros; queridos Alejandro y Carlos, padres, familiares y amigos que hoy les acompañéis; queridos formadores del Seminario de Ávila en Salamanca y en el Seminario de Badajoz, queridos hermanos todos: ¡*El Señor os dé la paz!*

Alégrate y regocíjate, Iglesia que peregrinas en Mérida-Badajoz, porque el Señor ha estado grande contigo, llamando a dos de tus hijos a recibir el orden del diaconado. *Alegraos y regocijaos* familias de estos dos jóvenes que hoy recibirán su ordenación diaconal y con ellas alegraos también comunidades eclesiales de Llerena y Fuentes de León en las que fueron engendrados a la fe nuestros hermanos Alejandro y Carlos. Alegrémonos todos porque “el Señor ha sido grande con nosotros y estamos alegres” (*Sal 125*).

En los Hechos de los Apóstoles se nos describe la historia de la primera comunidad cristiana de Jerusalén. Como hemos escuchado en el pasaje de hoy (*Hch 6, 1-7*), ya entonces no faltaron malentendidos y tensiones, relacionados con necesidades reales y básicas, como el servicio de comedor. Ya entonces, en efecto, la Iglesia estaba atenta a las necesidades concretas de la comunidad y se dedicaba a un servicio que hoy llamaríamos “social”. Se trata de una comunidad concreta y real, comprometida en actividades ordinarias y cotidianas, similares a las que nosotros estamos llamados a realizar hoy.

Y en esas actividades emerge su humanidad, como la nuestra y la de todos, hecha de discusiones, opiniones y visiones diferentes, malentendidos y a veces incluso divisiones. Parecería, a primera vista, que la Biblia, en esos relatos, quiere hacernos conscientes de situaciones de pequeñez e infidelidad. Y ciertamente también las hay. Pero, al mismo tiempo, quiere mostrarnos cómo en esos acontecimientos, en esos malentendidos y en las discusiones posteriores, el plan de Dios también se abre camino, poco a poco. Cómo, nace algo nuevo e imprevisto, que probablemente no habría surgido si no hubiera habido esas discusiones y desencuentros. En nuestro pasaje, por ejemplo, esos malentendidos dieron lugar a la aparición del ministerio diaconal en la Iglesia. Un paso importante en la historia de la Iglesia. Lo mismo puede decirse de la manera en que se llegó a comprender la necesidad del anuncio a los gentiles.

Queridos Alejandro y Carlos, un día el Señor pasó a vuestro lado y os dijo, como a Mateo: “Sígueme” (*Mt 9, 9*) y vosotros, sabiendo de quien os fiabais (*2Tim 1, 1*), como María, habéis pronunciado vuestro *fiat*: “hágase en mí según tu palabra” (cf. *Lc 1, 38*). Seguro que en vuestro camino vocacional no han faltado momentos de dudas, incluso puede que hayáis sentido miedo, teniendo en cuenta también vuestra fragilidad, pero habéis sentido que el Señor os decía como a Pablo: “Te basta mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad” (*2Cor 12, 9*). Los miedos pueden que vuelvan hacerse presentes en vuestro camino. Recordad siempre vuestro *primer amor*, como nos invita Oseas

(Os 2, 9) y, en todo momento, reavivad el don que Dios ha puesto en vosotros, por la imposición de mis manos (cf. *2Tim* 1, 6). Confiad en el Señor, poned vuestra confianza en él, pues solo así seréis como un árbol plantado junto a la corriente y nunca dejaréis de dar fruto (cf. *Jr* 17, 8). Cultivad una profunda amistad con Jesús a través de la oración, también de la oración litúrgica que hoy os comprometéis a celebrar diariamente. Confiad en el Señor y él no os defraudará. Así lo hemos confesado en el salmo responsorial: “El Señor es mi pastor, nada me falta [...], aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo” (*Sal* 22).

Por la imposición de mis manos y la oración de la Iglesia vais a ser ordenados diáconos. Sin duda que en vuestros corazones, particularmente en estos últimos días, ha resonado fuertemente esta pregunta: ¿Para quién soy? Y como también habéis oído en estos días de preparación a vuestra ordenación diaconal, no basta responder que sois para el Señor, pues él quiere que seáis también para los demás. Y es que cuando Jesús entra en la vida de una persona no entra solo. Entra con otros muchos, particularmente con las personas más vulnerables. Y entonces os pregunto: ¿Para qué os ordenáis? Una respuesta tiene que ser clara: Os ordenáis para servir. Por la ordenación diaconal entráis a formar parte del clero de nuestra archidiócesis, ciertamente, pero no entráis en una casta de élite. Entráis en una asamblea de llamados a servir, a lavar los pies unos a otros. Entráis en una asamblea –eso quiere decir Iglesia- en la que tiene poder el que sirve, y solo el que sirve.

Vuestro primer deber como diáconos, además de *desempeñar las tareas del santuario* (cf. *Num* 3, 5-9), particularmente todo lo que se refiere a la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, deberéis prestar vuestro servicio a la mesa de la caridad y de la Palabra de Dios. Cualquiera que sea la misión que la Iglesia os confíe, deberéis desempeñarla a la luz del servicio: servicio de la Palabra y de la Eucaristía y servicio a los pobres. Dos son las causas a las que debéis servir: el Evangelio y los pobres. Como pastor de esta archidiócesis os envió a las periferias marcadas por la pobreza y por la falta de la luz del Evangelio, os envió a las *ovejas que no tienen pastor. Compadeceros de ellas, pues están extenuadas y abandonadas* (cf. *Mt* 9, 35-37). Todo ello será posible si mantendréis una natural familiaridad con la persona de Jesús. La familiaridad con Cristo os abrirá a la familiaridad y a la compasión con cada hombre y mujer, convirtiéndoos en constructores de relaciones nuevas y redimidas.

Recordad: no se sirve a Cristo si no se sirve a los hombres y mujeres nuestros hermanos. En este servicio no se os pide que seáis perfectos. De hecho, todos somos frágiles, cojos, imperfectos. Lo que sí se os pide es que renovéis diariamente la confianza en el Señor, pues solo así estaréis al servicio del hombre, de todo hombre. Que esta doble conciencia de pertenencia a Cristo y de servicio a los demás esté y permanezca siempre presente en vuestras vidas. Ello dará pleno sentido al celibato que hoy prometéis observar por el resto de vuestras vidas: amor incondicional a Cristo, amor gratuito a los pobres.

Una última consideración. Esta diaconía, este amor a Cristo, tiene un lugar y una forma: la Iglesia. Decidirse por Cristo, servir el Evangelio, para

nosotros significa reconocerse Iglesia. Es en la Iglesia y con la Iglesia donde se concreta esta diaconía, es en la Iglesia donde se parte el pan, donde se proclama la Palabra, desde donde los cristianos servimos a los pobres. Es con la Iglesia que uno se consagra para la vida del mundo. Pero tened bien presente que no existe una Iglesia ideal. Sobre aquel Pedro vacilante, temeroso, pecador, Cristo fundó su comunidad. Y detrás de Pedro estamos todos nosotros, temerosos, vacilantes, pecadores como él. Pero igual que Pedro, también nosotros sido cautivados por el amor a Cristo. Y en esta comunidad eclesial, tal como es, brille vuestro servicio como diáconos: frágiles, pecadores, pero, lo vuelvo a repetir, enamorados de Cristo. Amad a la Iglesia en su realidad de pecadora y santa a la vez ¡Este es mi deseo para vosotros y también para cada uno de nosotros!

Queridos jóvenes que acompañáis hoy a Alejandro y a Carlos. Os habéis preguntado alguna vez ¿A quién pertenezco? ¿Os habéis planteado alguna vez la posibilidad de seguir a Jesús en la vida consagrada o en la vida sacerdotal? Si no lo habéis hecho nunca, hacedlo hoy, sabiendo que vuestra felicidad depende de la respuesta que daréis a la llamada del Señor, cualquiera que sea el estado de vida al que os llame, incluido el del matrimonio. Y no tengáis miedo. El Señor te repite, también a ti, como un día a Pablo: “Te basta mi gracia”.

Y todos, no dejemos de orar al Dueño de la mies que mande trabajadores a su mies” (cf. Mt 9, 38). *Fiat, fiat, amén, amén.*